

Horas inglesas*

Ferran Soldevila

Londres, 4 de octubre de 1926

Cuando el tren ha arrancado en Dover, anochece con rapidez. La neblina, muy suave, contribuía a oscurecer el paisaje; los túneles se sucedían. Después de todo lo que he tenido que escuchar estos últimos días sobre el clima inglés y la falta de sol, tuve la impresión de adentrarme poco a poco bajo una bóveda humeante de la que ya no volvería a salir hasta la primavera.

Al cabo de siete horas de viaje, y después de la rápida visión de Londres, recorrida extensamente, la quietud de un cuarto interior orientado a amplios patios completamente silenciosos, la claridad inmóvil de las lámparas del vecindario, pregoneros de vida estable y cotidianeidad sumisa, me han sorprendido agradablemente. Muy pronto, sin embargo, la impresión dominante ha sido ésta: que el silencio entre aquellas altas paredes no estaba quieto, sino que se deslizaba, como un hálito continuo, interminable. Un silencio dinámico, se diría, pese a su paz y su soledad. (*Otras veces, en algún square poco concurrido de Londres, en alguna plazuela abandonada, en algún jardín aislado, he tenido la misma sensación: el silencio, en Londres, fluye.*)

West Kirby, 6 de octubre

Hemos llegado, con tiempo muy desapacible.

El trayecto entre Liverpool y West Kirby, que tendré que hacer a menudo, me ha parecido desolador. Pese a la llovizna y el ventarrón frío, se veían

* NOTA PRELIMINAR: Para la confección de este trabajo se ha manejado la segunda edición de *Hores angleses*, Imprenta Clarasó, Barcelona, 1947, que reproduce la editada en 1938 en Barcelona por la Institució de les Lletres Catalanes. En 1970, este diario aparece incluido en *All llarg de la meua vida*, Edicions 62, Barcelona, 1970, primer volumen de unas memorias que Ferran Soldevilla, que fallecería al año siguiente a los 78 años de edad, no pudo completar. Quisiera agradecer a Puri Gómez i Casademont su ayuda en la elucidación de ciertos pasajes, fruto de su trabajo seguro y constante en este libro. En este sentido, dirijo al lector interesado en la figura y obra de Ferrán Soldevila a su espléndido artículo, Puri Gomez i Casademont, «'Horas inglesas' de Ferran Soldevila: Una recreació d'Oxton dins la literatura catalana», Serra d'Or, octubre 1997, pp. 39-41, donde en prosa clara y sucinta se inserta el trabajo diarístico de Ferran Soldevila en el contexto de la anglofilia imperante en las letras catalanas de este siglo.

por los campos algunas figuras aisladas caminando de un lado a otro. En aquel instante, dada su lejanía, no comprendí qué hacían. Luego sí: jugaban al golf.

De la estación al hotel hemos venido por un paseo solitario a ras del mar. Las olas rompían con ímpetu: justo cuando íbamos a entrar en el hotel, nos ha sorprendido una de las más impetuosas, dejando empapados coche y equipaje.

La cena ha sido más bien melancólica: todos los alimentos aparecían revueltos en unas salsas horribles. Apenas he comido.

7 de octubre

Daba gusto ver a hora tan temprana –eran las ocho y media de la mañana– el gran comedor del hotel lleno de personas arregladas y dispuestas para la jornada –bien vestidos, bien afeitados, bien peinados, ellos; bien vestidas, bien maquilladas, bien peinadas, ellas. Daba gusto ver (sobre todo después de la cena de ayer) las mesas colmadas de manjares sencillos, abundantes y nutritivos. Ha supuesto la revelación plena del breakfast inglés, y le hemos hecho justicia. La pensión de Londres no nos lo había revelado sino a medias.

Después he salido. Esto ha supuesto la revelación de la arquitectura inglesa –arquitectura de chalet o villa–, que no había sino entrevisto durante el viaje. Iba de sorpresa en sorpresa y de admiración en admiración. Todo se me antojaba limpio, luciente, como si acabara de nacer: los pequeños jardines, las paredes de ladrillo o falso granito, las ventanas con sus cortinitas blancas, los tejados de pizarra.

Ahora estoy en una sala del hotel. No me acompaña nadie. El fuego resplandece mansamente; el sol penetra como un tibio polvillo dorado. Fuera, el cielo es tenue, azulado, y el agua del mar se me antoja hechizada. Una palabra viene a los labios: *felicidad*. Pero la reprimo a tiempo. Cabe sentirla, pero no decirla jamás.

8 de octubre

«Y como un eco que dijera: – Ulises...», decía acertadamente Rubén Darío ante la bahía de Palma. Aquí, delante del *Marine Lake* que da forma al estuario del Dee, y de las montañas de Gales, que surgen al fondo, cabría decir:

Y como un eco que dijera: – ¡Tristán!...

11 de octubre

En clase. Un alumno:

– Aborrezco la historia de Inglaterra.

Yo

- ¿No eres inglés?
- No, señor: soy galés.

Y el compañero que tenía a su lado, también galés, se ha apresurado a darle la mano. Me he explicado entonces por qué, momentos antes, al recordar casualmente aquellos versos de Quintana –Trafalgar, Nelson– que acaban:

Inglés te aborrecí, héroe te admiro.

Ha golpeado levemente la mesa con la punta de los dedos, como si asintiera.

Sus otros compañeros, ingleses, no se han inmutado en lo más mínimo. Y me ha dado por pensar en el conflicto que un pequeño episodio como éste, tan interesante, habría provocado en una universidad española.

15 de octubre

En clase. Pretendía introducir alguna modificación en el horario. Sugerí la tarde del miércoles. Un alumno:

- El miércoles por la tarde no hay clase, para que podamos hacer deporte.
- ¿Y el sábado?
- El sábado tampoco.

16 de octubre

Es curiosa esta sensación de desprendimiento y lejanía que experimento hacia los asuntos de allá abajo cuando llego a un país extranjero. Y es curioso cómo, muy pronto, todo aquello vuelve a ganarme poco a poco para su causa y me obliga a referirle todo lo que veo, todo lo que pienso y todo lo que hago.

17 de octubre

No acababa de entender la cuestión de las propinas en este país. Daba, como he leído no se dónde, un tanto por ciento superior a lo que es costumbre en el continente: tenía la impresión de que no me hacían caso. He preguntado sobre el criterio a seguir: «No tiene importancia», me han respondido algunas personas. Mi espíritu, predispuesto a la admiración, ha encontrado en esta indiferencia una señal de superioridad. Y, sin embargo, no me lo acababa de creer. Habría querido hacer la prueba, una vez, una sola, de no dar propia, para ver si realmente no interesaba. Pero no encontraba nunca la ocasión: no me atrevía a arriesgar un intento.

Al fin, hoy he encontrado el momento. Y me he arriesgado. Y todavía tengo remordimientos. Probablemente tardarán en borraréme. Y, con todo,

si alguna vez he creído justificado demostrarle a un barbero mi descontento con su trabajo, ha sido sin duda ésta.

Era la primera vez que iba a cortarme el pelo en Inglaterra: el hecho tenía su importancia y sus peligros. Me senté en mi butaca y, mientras me contemplaba en el espejo, constaté lo que uno ha constatado tantas veces, es decir, que justo cuando vamos a cortarnos el pelo es cuando el pelo tiene la longitud apropiada y cuando el peinado está como debe estar.

El arte del peluquero consciente –reflexionaba yo mientras el peluquero preparaba el servicio– tendría que cumplir este designio: que el cliente, al salir de la barbería, tenga la impresión de no haber entrado. Afeitarse el cogote, remarcar el contorno de las orejas sin hacerlas destacar, poca cosa más... Pero esto, por sí solo, ¿qué peluquero es capaz de hacerlo? El que hará precisamente lo contrario, que se vea bien que esa cabeza ha pasado por sus manos. Hacen falta, por parte del cliente, órdenes muy precisas, conminatorias y una vigilancia discreta, en especial en ciertos momentos decisivos. Si no, un hombre se expone de golpe a encontrarse materialmente con una cabeza nueva. A veces, sin embargo, pese a las palabras y la vigilancia... Un golpe de tijeras, un golpe de máquina, y ya no hay remedio.

¿Es esto lo que me ha pasado? No sabría decirlo. Yo bien que me he explicado, con palabras y gestos. Bien que he vigilado. Bien que le he advertido. El hombre no sabía cómo salirse de aquel embrollo. No sabía sino cortar, cortar. Hasta que al fin me he decidido a decir basta. Y me ha quedado la cabeza como una seta.

Si no me lanzaba entonces a hacer la prueba de la propina, no me lanzaría nunca. Cabía, empero, espiar bien todos sus efectos. El rostro de aquel Fígaro boreal los ha mostrado con generosidad. Al principio, seriedad. Después, a medida que constaba el carácter definitivo e irrevocable de mi abstención, sus rasgos faciales se han alargado, han empalidecido –no exagero–. Mientras me anudaba la corbata y continuaba, ante el espejo, mi inspección psicológica, he estado a punto en más de una ocasión de reparar mi falta. Pero no lo he hecho: por un lado, una suerte de raptus de travesura me empujaba a proseguir mi experiencia hasta el final; por otro lado, aquel rostro de dignidad ofendida me imponía un poco y me impelía a poner fin a la escena lo antes posible. Al fin, al abrir la puerta para salir (el hombre ya enjabonaba a otro cliente), me he vuelto para desearle buenos días. Me ha devuelto el saludo. Pero aquel rostro... aquel rostro ya era la máscara de la Tragedia.

¡Que si tiene importancia la propina!